

LA REGLA FUNDAMENTAL DE LA HOSPITALIDAD¹⁰²

El relato de la hospitalidad de Abrahán (*Gn* 18,1-8) y el de la hospitalidad de Betania (*Lc* 10,38-42) constituyen lo que podríamos llamar la regla fundamental de la hospitalidad en la revelación judeocristiana. Ambos nos recuerdan este deber y nos indican la manera de cumplirlo.

Abrahán recibe a tres misteriosos viajeros, en los que la tradición ha visto gustosa a las tres Personas de la Trinidad.

Los acoge calurosamente, pero la promesa que ellos le hacen de que tendrá un hijo supera a toda la solicitud y munificencia de su hospitalidad,

El recibimiento que Lázaro y sus dos hermanas Marta y María dispensan a Jesús es amistoso e íntimo, pero la presencia del Maestro supera a cuantas atenciones le hayan podido hacer.

Tanto a la sombra de la encina de Mambré como en la intimidad de la casa de Betania, los que “reciben” son los verdaderos beneficiarios de la hospitalidad que brindan. Y *Aquel* que es recibido los colma de gozo.

El texto del Génesis nos enseña que para saber acoger al huésped es preciso no estar demasiado instalado: Abrahán sabe recibir porque conoce por experiencia cuál es la condición del extranjero.

El texto de Lucas nos muestra que hay muchas maneras de ejercitar la hospitalidad y que, si bien unas son mejores que otras, ninguna ha de ser criticada a menos que sea contraria al Evangelio.

Esto entraña una lección para nosotros. Nuestra hospitalidad no debe ser “paternalista”, o sea no debemos sentirnos humanamente demasiado dichosos porque “somos útiles” a quienes recibimos. Antes bien hemos de estar atentos a sus demandas, a sus necesidades y también a su aporte personal. Nuestra actitud no debe ser la del fariseo demasiado solícito en “hacer el bien”: no somos nosotros quienes hacemos el bien, es el Señor quien lo hace por medio de nosotros, a condición de que seamos suficientemente humildes y dóciles a su impulso interior. Entonces seremos fieles a nuestra Regla en la que san Benito nos dice: “A todos los huéspedes que llegan al monasterio, recíbaseles como a Cristo” (cap. 53) y en otra parte: “Si algún monje peregrino, razonablemente y con humilde caridad corrige o advierte alguna cosa, examínelo el abad con prudencia: no sea que tal vez el Señor le haya encaminado precisamente para eso” (cap. 61).

Así pues, a través del huésped que pasa, es Cristo quien nos interpela como lo hizo en aquella cena en casa de Simón: “Simón, tengo algo que decirte”. Ojalá podamos entonces, responder nosotros *humildemente* como el *Fariseo* del Evangelio: “¡Maestro, habla!” (*Lc* 7,40).

Ligugé
Francia

¹⁰² De *Lettre de Ligugé*, N° 156, 1972.